

Los libros y yo: historia de una dependencia

Manuel Rico

Escritor y crítico literario

Encuentros como el que posibilita esta Feria del Libro Independiente* son algo más que necesarios: imprescindibles. Especialmente en tiempos de crisis, de una crisis que por sus características y por la orientación política de quienes la gestionan se está cebando, sobre todo, en sus víctimas. En los estudiantes de pocos recursos. En los asalariados públicos y privados. En las personas dependientes. En los pensionistas y jubilados. En los jóvenes que buscan su primer empleo. Y, cómo no, en el mundo de la cultura en sentido amplio, víctima del IVA cultural y del recorte de fondos públicos; en el mundo del libro, asediado por una realidad doble: la reducción del poder adquisitivo de las clases medias y de los trabajadores, y el proceso de mutación de su industria generado por el universo digital.

Una crisis que tiene como resultado obvio y sangrante una reducción notable de los recursos públicos y privados para el mundo editorial, para los librereros, para los propios escritores... Por la reducción de las ventas, sin duda. Pero también por la limitación de las subvenciones y, como consecuencia de ello, de la actividad literaria promovida por las instituciones, por la desaparición prácticamente total de la llamada «obra social» de las Cajas. Mientras los bancos en crisis, protagonistas principales de la burbuja y apoyo imprescindible de las grandes operaciones especulativas que están en la raíz de la depresión que estamos viviendo, reciben todo el dinero que necesitan para cubrir sus agujeros y su irresponsabilidad, el resto de la ciudadanía, incluidos quienes conforman el sector del libro, desde el escritor hasta el profesional de la más remota librería, tiene que lidiar la grave situación económica en condiciones precarias, con una debilidad extrema: librerías que cierran, editoriales que sobreviven de milagro de un título a otro, bibliotecas con los

* Texto leído con motivo de la Feria del Libro Independiente de Cantabria, 6 de julio de 2013.

fondos limitados para adquirir nuevos volúmenes, lectores que sortean la precariedad laboral y salarial dejando de comprar libros...

Pero aún en crisis, tenemos derecho a soñar. Tenemos derecho a pensar en el libro desde la óptica de cada uno de nosotros; a apostar por él frente a los avatares políticos, económicos y tecnológicos, a reflexionar sobre su protagonismo en la sociedad.

Este foro se denomina Feria del Libro Independiente de Cantabria, no Feria Independiente del Libro. Esa modificación de los términos sí altera el producto. Porque yo pienso en el libro independiente del editor independiente que necesita del librero independiente.

No pocos expertos afirman que en la última década, incluso antes de la crisis, la edición independiente ha sido el refugio de la calidad literaria. No sólo, es cierto, pero sí de un modo muy importante. En consecuencia, no parece descabellado identificar independencia con calidad, con gusto, con exigencia, con rigor, con aventura.

Pero también con *dependencia*. Lo digo (y ya entro en mi experiencia personal) porque para mí los libros de calidad siempre han sido seres independientes que generan dependencia para toda la vida. Son seres mágicos, amigos entrañables llenos de secretos y de posibilidades.

Ramón Gómez de la Serna escribió una metáfora maravillosa para hablarnos de esa condición: «El libro es un pájaro con más de cien alas para volar». James Russell-Lowell los comparó con «abejas que llevan el polen de una inteligencia a otra», y para Balzac, «un libro hermoso es una batalla ganada en todos los campos de lucha del pensamiento humano».

El libro es perfección tecnológica. Imaginación en estado puro. Recipiente de tiempo... Podríamos definirlo de tantas formas... Pero, ya que de crisis hablaba al principio, ¿cómo no subrayar la hermosa definición de la lectura que hizo F. de Croisset, en *El corazón dispuesto*, resaltando el otro factor, la dependencia que el libro genera al escribir que «la lectura es el modo de viajar de aquellos que no pueden tomar el tren». Añado: de quienes no tienen recursos para irse de vacaciones, de quienes están imposibilitados físicamente para desplazarse, de las clases más modestas.

Mi dependencia de los libros comenzó hace muchos años. Fue allá por los años sesenta, quizá en 1965 o 1966, cuando al terminar cada uno de los temas que abordaba el texto de literatura de cuarto de bachiller, podía sumergirme en los poemas o en los fragmentos de prosa que ilustraban la teoría o la historia literaria del capítulo en cuestión.

Machado era una biografía, una pequeña historia que se transformaba en lugar mágico, indefinible, cuando me veía trasladado a los alrededores de

Soria a vivir, por ejemplo, la experiencia de la primavera junto al río Duero, entre San Polo y San Saturio.

¿Y Azorín? Azorín era un viejecito fotografiado en blanco y negro que, incluso en la fotografía, a distancia, olía a una mezcla de naftalina y colonia barata de la que se echaban los abuelos, hasta que lo identificaba con un fragmento titulado «Amanecer en Córdoba», que comenzaba de este modo:

Eran las primeras horas de la mañana; se respiraba un aire fresco y sutil; estaba el firmamento despejado, radiante, de un azul intenso. He dejado la casa. He comenzado a recorrer callejuelas retorcidas y angostas. Córdoba es una ciudad de silencio y melancolía.

Con Juan Ramón inicié uno de los veranos de aquella adolescencia mareante, un idilio de los que duran para siempre: a propósito de *Platero*, sin duda. Pero también a causa de los versos de amor que llenaban sus primeros libros de un modernismo finísimo, adelgazado y decadente, en el que se albergaban todos los amores imposibles de la adolescencia.

Todo ello se concentró en un verano canicular.

Recuerdo aquellas noches de infierno del Madrid periférico, vividas como estudiante suspenso en reválida de cuarto que pasaba las mañanas en la carpintería paterna. Las recuerdo como si en ellas se contuviera el refugio de un mundo mágico, hecho de libros, en el que abandonarme: llegaba de Vallecas, el barrio de Madrid donde mi padre tenía el taller, tras un día infernal (eran tiempos sin aire acondicionado, de un sol que recuerdo implacable, casi infernal en el Madrid sureño) de trabajo como aprendiz, para buscar el refugio del libro, para perderme entre las letras que me hablaban de otros mundos.

De esa mezcla de sensaciones, que provocaban en mí un estado de rara tensión, casi febril, di cuenta en un poema escrito a principios de los noventa titulado «Memoria del primer poema»:

Y asumías la luz:

sus poderes, sus naves, sus playas, sus aceites,
sus mujeres en celo, sus novias prematuras,
te manchaban de vida

a la vez que escribías raros versos
como quien se masturba

a la temprana edad en que las horas
carecen del valor y del sentido

de bien perecedero que hoy mantienen.

Esa dependencia, que con el tiempo habría de demostrarse perseverante como una enfermedad para la que no existe el antídoto, me llevaría a suspender todas las asignaturas de ciencias de un curso preuniversitario en el que dediqué un tiempo infinito a explorar, como un poseso, los estantes (que entonces me parecían infinitos) de la sección de poesía de la Casa del Libro de la Gran Vía madrileña, entonces con el azulado nombre de José Antonio. Dedicaba horas y horas, robadas a las clases de matemáticas, física o química del viejo instituto Cardenal Cisneros, a emborracharme de libros, a sorprenderme, a vivir una felicidad íntima que no he vuelto a experimentar después.

Descubría que escribir poesía era, también, una pasión contemporánea. Que más acá de Machado, de Juan Ramón, de Bécquer, incluso de los poetas del 27 que con cuentagotas aparecían en el libro de texto, había poetas, incluso poetas muy jóvenes, que publicaban. Ninguno estaba en el manual de literatura. Pocos aparecían en los periódicos: pero ahí estaban convertidos en libros independientes dedicados a acentuar mi dependencia, a fortalecer su condición de enfermedad incurable.

Que en el tiempo del *twist*, del «seiscientos», de los festivales de San Remo, de los Beatles y de su versión española, Los Brincos, o de la edad de oro de Eurovisión hubiera poetas que aprendían y sabían de Garcilaso, de Quevedo, que aprendían de Shakespeare, de la poesía anglosajona o de los grandes poetas franceses, me parecía algo fuera del tiempo, fuera de la historia.

Así, recuerdo un libro de Gloria Fuertes, *Poeta de guardia*, en la mítica colección de El Bardo, recuerdo los pequeños libros de La isla de los ratones, de Santander, recuerdo a un José Hierro joven y calvo –de un parecido físico a mi padre bastante desasosegador– en la contraportada de una antología; recuerdo los libros de Adonais como una sucesión de pequeñas sorpresas, de inmensos descubrimientos.

Y supe mucho más de esa independencia rebelde de los libros cuando llegaron a mí poemas y novelas que no sólo hablaban de paisajes, de atardeceres luminosos o melancólicos, sino de realidades próximas, idénticas o muy parecidas a la que yo vivía. La aristocracia de los libros, la pureza de una literatura que yo había situado en el altar de lo inefable, bajaba de pronto a mi calle: a lo que fueron las calles de mi infancia. A las condiciones de vida y trabajo de mi gente más próxima.

Era –cómo olvidarlo– encontrarse con Gabriel Celaya y Blas de Otero, que hablaban de mi cotidianidad relegada, del mundo de mis padres. Era la lectura de las novelas de Marsé, o de Armando López Salinas, o de Sánchez Ferlosio, o de un hoy olvidado Fernández Santos (siempre quedará en mí el recuerdo, a la sombra de un viejo álamo del Retiro, de la lectura de *Cabeza rapada*, aquella memorable colección de cuentos). Era leer a Delibes y de-

jarme envolver por los seres humildes que en sus cuentos y novelas respiraban; oler el rastrojo y escuchar el rumor del río y respirar el polvo del camino. Era leer a Hemingway, al Steinbeck de la gran depresión, al Borges de los laberintos y de las bibliotecas imposibles...

Pero ese amor por los libros tuvo una prolongación inevitable: el amor por las librerías. Los libros, que a veces llegaban a casa vía Círculo de Lectores, tenían su básico «lugar de residencia» en las librerías. Sin librerías, sin el librero, sin la sabiduría acumulada generación tras generación, el libro sería otra cosa: su independencia sería menor... Quizá por eso (me percató ahora, nunca antes había reflexionado sobre ello), en la casi totalidad de mis novelas asoma, con mayor o menor intensidad, alguna que otra librería. No es la Shakespeare and Company de París, ni ninguna de las grandes librerías del Manhattan neoyorkino o del Soho londinense.

Es la vieja librería Fuentetaja de Madrid, que, con otro nombre, aparece en mis novelas *Los días de Eisenhower* y *El lento adiós de los tranvías*. Una librería que fue lugar de peregrinaje de los buscadores del libro prohibido en los años últimos de la dictadura. Librería de fondo y con fondo, con libreros prescriptores: de títulos, de tendencias... y de actitudes morales, sociales, políticas si se quiere.

Es la modesta librería de un pueblo de pescadores en mi primera novela, *Mar de octubre*, una librería, tan parecida a cuantas conocemos en los más extraños pueblos de nuestra costa, que vendía periódicos, postales, revistas... y en la que, gracias a la sensibilidad de su viejo propietario, había una pequeña cueva con los más sugestivos libros, con títulos impensables en un pueblo que se alestargaba y disminuía cuando llegaba el otoño y los turistas huían.

No tardaría en descubrir que detrás de la librería, al otro lado del «libro independiente», había alguien más: el editor. El editor independiente, el héroe de la industria que protagoniza, en buena medida, esta Feria.

Ese personaje, de cuya peripecia casi todo lo desconoce el lector, para mí se ha convertido, en los últimos años, en una realidad poliédrica, de múltiples caras, en la que aprender literatura, economía, estética, política... Es decir: VIDA. Eso lo he descubierto, sin duda, en los quince años en que, como apoyo de Pepo Paz, he dirigido la colección de poesía de Bartleby Editores. Pero se ha afianzado, ha cobrado la dimensión de una teoría, de un mundo, con mis lecturas: hay en esta Feria un editor, Manuel Ortuño, que un buen día decidió rescatar los «tipos móviles» (seguro que sois muy pocos, por edad, los que recordáis aquellos tipos de imprenta) para poner en valor ese mundo semisecreto de los editores: dio ese nombre a una colección de su editorial. Los protagonistas no serían escritores, o sólo de un modo lateral, sino EDITORES. Editores míticos como Diana Athill, Jérôme Lindon, de Minuit, Tom Maschler, Hubert Nyssen, entre otros.

De todos sus libros, me conmocionó especialmente la lectura del que protagoniza Giulio Einaudi, escrito por el periodista y escritor Severino Cesari (*Conversaciones con Giulio Einaudi*) a partir de una larga sucesión de «conversaciones», charlas o entrevistas con el artífice del gran sello italiano. Es el libro de un gran editor que amaba la literatura y el libro por encima de cualquier otra cosa, y en el que hay una enseñanza para el presente, para éste ahora de grandes mutaciones: ¿sabéis que durante años el consejo editorial de Einaudi contó con la presencia activa, dirigiendo incluso colecciones, de Elio Vittorini, de Cesare Pavese, de Italo Calvino? ¿Sabéis que dedicaban tardes enteras a discutir sobre un libro, sobre la ilustración de cubierta, sobre el diseño de una colección, sobre el tamaño de la caja o sobre el tipo de letra? Era el compromiso con la edición, el compromiso con la literatura, con los trabajos menos visibles y agradecidos, el compromiso con el libro con mayúsculas. Como objeto, como compendio de pensamiento, de imaginación, como «hojaldre de ideas», que diría nuestro querido Ramón Gómez de la Serna.

En mi obra, en mis novelas, ha habido pocos editores. Casi ninguno. Sólo una editora, en *La mujer muerta*, cobra la dimensión de protagonista: Berta Miranda es editora que es, a su vez, directora literaria, que vive a caballo entre Madrid y un pueblo remoto de su sierra norte, pero que concentra casi todos mis fantasmas y experiencias respecto al mundo de la edición, sobre todo con las grandes editoriales: la posibilidad de perder una obra maestra rechazando al peso manuscritos, las convenciones que se utilizan para rendirse a la lógica pura y dura del mercado, el resbaladizo concepto de la calidad literaria cuando se mide por el potencial de ventas...

Así lo cuenta Gonzalo Porta, el protagonista, dirigiéndose a Berta Miranda:

Uno se levanta a media noche agobiado por el calor, busca algo para leer, encuentra un mazo de folios que firma alguien a quien no conoce ni su padre, alguien que ha sido condenado con una sentencia escrita en rotulador rojo; como parte de un trámite, en la primera página, comienza a leer por pura curiosidad, por matar el tiempo, yo qué sé, y, de pronto, se ve metido en un mundo del que no puede escapar hasta llegar a la última línea. Lo cierra y lee otra vez, como un insulto, la sentencia: invendible.

Pero en mi vida literaria sí ha habido tres editores inolvidables: pienso en 1978, o 1979, y me adentro en el sótano de la calle Cruz Verde, cerca del metro de Noviciado, donde un todavía entusiasta Jesús Moya peleaba, a diario, con la pequeña editorial Endymion y con un ejército de gatos callejeros que encontraban entre las estanterías, atestadas de libros del almacén, refu-

gio y hospitalidad. En el sótano de Cruz Verde olía a gatos y a papel, y a ese olor ácido de la tinta que ahora parece difuminarse en ediciones asépticas, casi plastificadas, no digamos en las digitales.

Fue la experiencia de mi primer libro. Fueron las tardes de correcciones, las charlas con el bueno de Moya y fue el bautismo de tinta del escritor que nacía. Años después, aquel sótano, y los gatos en él refugiados, y el laberinto de estanterías, aparecería, desdibujado pero reconocible, en un maravilloso relato de José María Merino en sus *Cuentos del barrio del refugio*. De allí saldría mi balbuceante *Poco importa romper con las alondras* y mi primer hijo plenamente reconocido, *El vuelo liberado*, un poemario, hoy corregido a fondo, que espero reeditar algún día.

La siguiente experiencia editorial la viví siete u ocho años después, cuando la editorial Fundamentos, dirigida por Juan Serraller y Cristina Vizcaíno, decidió editar mi primera novela, *Mar de octubre*. Estaba situada –todavía lo está– en un piso amplio del Madrid con cierta vocación aristocrática de la calle Caracas. Recuerdo mi acceso a aquel piso de suelo de parquet en el que los libros se acumulaban en amplias estanterías en las que no me era difícil reconocer la primera edición, en España, de *Paradiso* de José Lezama Lima, o las ediciones, todavía en el catálogo de aquel año de su colección Espiral, de John Barth o Thomas Pynchon de los años setenta. Serraller solía sentarse en un despacho situado en el extremo opuesto de la sala a la que se accedía al dejar el vestíbulo. Entonces yo fumaba de manera casi compulsiva y él lo tenía radicalmente prohibido. De modo que en su despacho había siempre una suerte de purificador que estaba permanentemente echando vapor de agua con un ligero olor a hierbas medicinales, y sus primeras palabras, cuando lo visitaba, eran para invitarme a apagar el cigarrillo. Fundamentos olía a hierbas medicinales.

El tercer editor que quiero traer a colación es Eugenio Gallego, director literario de Mondadori a principios de los noventa, intelectual crítico que se había curtido dirigiendo la colección de bolsillo de Alianza Editorial, a quien conocí tras citarme en su despacho para decirme que me publicaba *El lento adiós de los tranvías* en una nueva colección que estaba diseñando nada menos que el mítico Daniel Gil. Eugenio tenía el despacho en la primera planta y desde la ventana se veían las copas de los árboles del jardín. Entre manuscritos, libros de las distintas colecciones de la editorial Mondadori y borradores de diseños de portadas diversas, yo supe que iba a ser autor de aquel sello (era el sello de Gabo, de Onetti, de Fuentes, de Mutis...). Aquel chalet olía extrañamente a moqueta recién lavada con lejía, era un lugar lleno de trabajadores de la edición, el corazón de los sueños literarios de mis amigos.

Hasta aquí mis más entrañables recuerdos de mi relación con los libros. Representan un mundo, sin duda, que parece remansado en un siglo xx del que nos vamos alejando a velocidad de vértigo.

La pregunta que cabe hacerse hoy –que me hago hoy– es cuánto de ese mundo prevalece en el comienzo de la segunda década del siglo xxi y qué quedará de él en el plazo de veinte años. Gran parte se mantiene, sin duda, pero sometida a un proceso inevitable de transformación cuyo final desconocemos. La pregunta citada conduce a otras: ¿hasta qué punto la industria del libro, el editor, el librero, el propio escritor, tienen futuro? ¿Es cierto que, tal y como hemos podido leer en distintos medios tras la clausura de la Feria del Libro de Madrid, el mercado «ha empezado a animarse» y las ventas de libros han aumentado respecto al pasado año y que ese dato puede marcar una perspectiva más optimista? ¿Puede el *e-book* desplazar por completo al libro en papel en el plazo de una década? ¿La literatura tiene sentido como *disciplina artística* incluso viviendo en el «ecosistema digital»?

Son preguntas a las que sólo responderá el futuro. En todo caso, ya estamos de hoz y coz en la «galaxia digital», aunque no haya muerto la galaxia Gutenberg. Día a día comprobamos cómo los periódicos tradicionales, comercializados en formato papel, van reduciendo su espacio en los quioscos, cuya supervivencia empieza a verse seriamente amenazada. Diarios míticos, con tiradas millonarias en todo el mundo, han abandonado los puestos de venta tradicionales para convertirse exclusivamente en publicaciones digitales. Algo similar ocurre con numerosas revistas, generalistas y temáticas, que parecían gozar de una salud de hierro... Y parece que, en gran medida, es el futuro que le aguarda al libro.

Tal y como afirmara Carlos Marx al referirse a los procesos revolucionarios, vivimos una etapa en la que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de aparecer. Lo que sí parece seguro es que la devoción por el libro y sus protagonistas, desde el escritor hasta el editor o la agente literaria, pasando por impresores, distribuidores y críticos, a la que me he referido a lo largo de estas líneas, no será la misma en el futuro. Pero también lo es que la literatura, en la medida que toca la fibra más íntima y radical del ser humano, sea como ser social o como «ser para la muerte» en el sentido existencialista, seguirá gozando de vitalidad y aprecio por parte de millones de lectores... Pero, ¿seguirá siendo un negocio con cierto peso en el mundo cultural? Dejo ahí la pregunta.